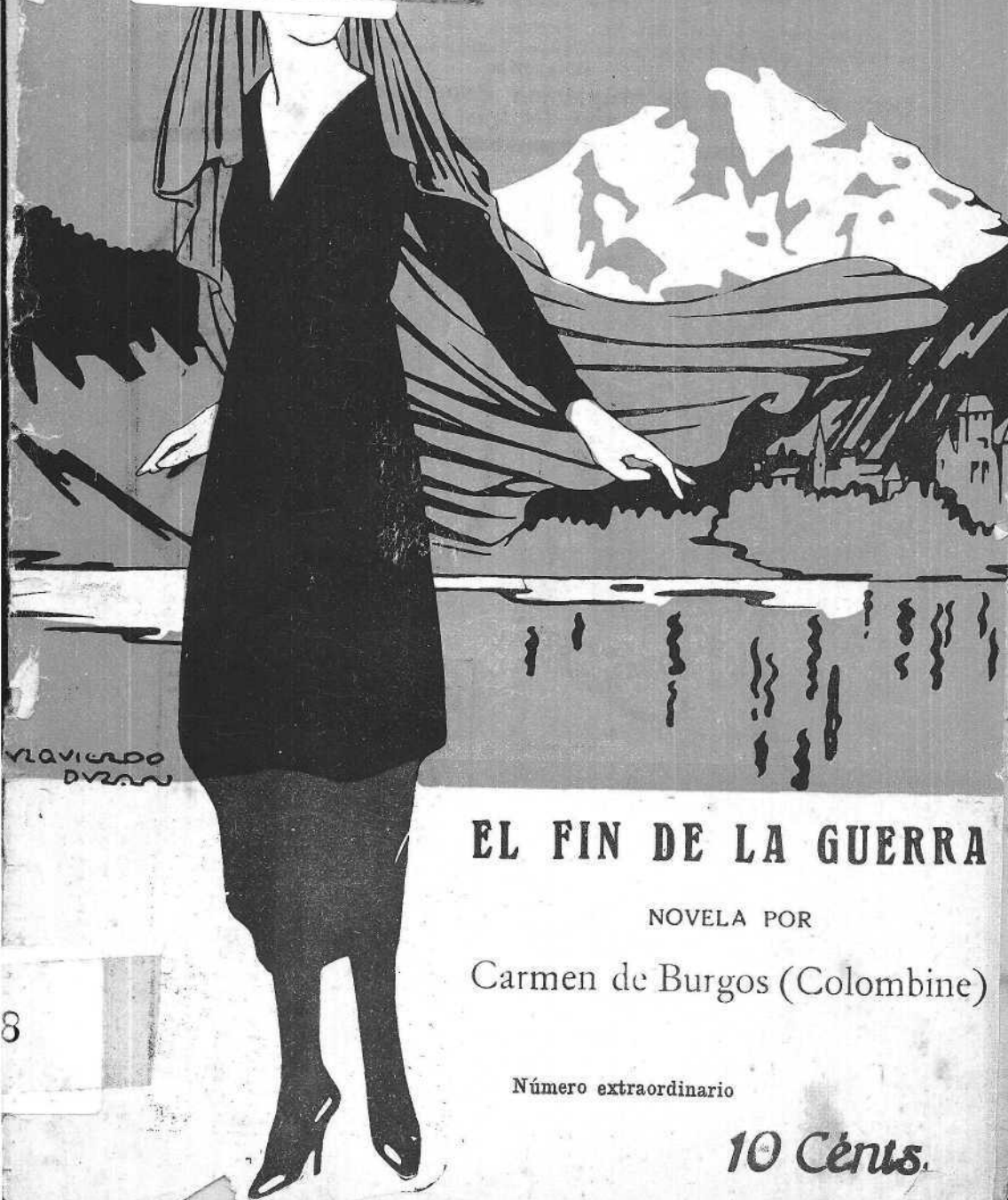


5888

Los Contemporáneos



EL FIN DE LA GUERRA

NOVELA POR

Carmen de Burgos (Colombine)

Número extraordinario

10 Céntis.

PILO SUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



Parece ungüento de brujas
esa crema PECA CURA:
convierte feas en guapas,
según el vulgo asegura.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color
moreno (siete matices), rosa o blanco,
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 petas., según frasco.
PROBAD los jabones, PROBAD los polvos
color moreno (siete matices), rosa blanco.
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,
Rocio FLOR, Mimoso, VÉRTIGO, ACACIA, MU-
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-
pera. NINGUNO los iguala en perfume,
clase ni presentación. Últimas creaciones de
CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA



HIPOFOSFITOS:
= SALUD

DA VIDA Y
VIGOR A
LOS DÉBILES

29 AÑOS
DE EXISTE
CRECIENTE

Con frecuencia y por mayor suero de la vida
de los débiles. Y úsese si con tinta roja en la es-
tada exterior se lee HIPOFOSFITOS SALUD.

DIRECTOR: AUGUSTO MARTÍNEZ GIMEDILLA

R-5888 - A

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

EL FIN DE LA GUERRA



Se dejaba sentir sobre Lausanne un ambiente de tormenta. El viento, abatiéndose de lo alto, movía el ramaje de los árboles, que producía un sonoro rumor de hojas, semejante a un prolongado *frou frou* de faldas de moaré.

El cielo estaba entoldado con ligeras nubes tenues que avanzaban de la costa francesa, donde se apoyaba el fondo oscuro, espeso, de profundidades misteriosas, en las que se adivinan el rayo y el agua.

El lago, tan apacible y claro gene-

ralmente, se había tornado plomizo, como si reprodujese en su espejo al cielo, se rizaba su superficie en ondulaciones peligrosas, formando altorranos y profundidades, capaces de hacer zozobrar a las barquillas, y venía a estrellarse con una furia cómica contra los muros y las piedras de la orilla, con sus olas de espuma tenue.

Adolfo y Ester miraban detrás de los cristales de su habitación el espectáculo de la naturaleza, con ese interés que la naturaleza despierta en

Suiza, donde es muy superior a las ciudades.

Desde aquella ventana de la pensión de Ouchy se descubría todo el espectáculo maravilloso del lago Lemán, bordeado de la guirnalda de ciudades y de montañas. Toda aquella orilla de chalets enflorados, entre jardines y árboles seculares que matizaban el paisaje con toda la gama del verde; desde el verde metálico del bronce, hasta el verdinegro y el verdégay.

Experimentaban una ligera complacencia con la novedad que la tormenta había puesto en el paisaje aquel, cuya apacible monotonía, contemplada año tras año, había acabado por hacerse insoportable.

Era la guerra la que les había empujado hacia allí, la que les había hecho encontrarse y unir sus suertes, en aquella tierra desconocida donde se sentían solos y perdidos.

Adolfo era español y Sonia era rusa. Hija única y poseedora de una gran fortuna en tierras y fábricas, había ido con su madre a Suiza, atraída por su fama de sanatorio. El país de los grandes hoteles y de los

apacibles chalets la había seducido al principio. Habían gozado la vida perezosa, que tiene su aliciente en la novedad que el recorrer los parajes marcados en la guía les proporcionaba. Se disponían ya a volver a Odesa, cuando estalló la guerra. ¿Cómo realizar el viaje a Rusia? Ofrecía demasiados peligros para que pudiesen aventurarse a hacerlo dos mujeres solas. La madre se preocupó entonces de hacer un balance de su dinero, cosa que no se le había ocurrido jamás. Para ella el dinero había sido siempre como una cosa que fluía de un manantial inagotable, del cual tenía la llave aquel viejo y fiel administrador, hijo de antiguos siervos, en el que había depositado toda la confianza su difunto esposo. Con la cantidad de rublos que tenía en el banco suizo bien podía vivir un par de años.

—Y no es posible que dure tanto la guerra—dijeron las dos.

—Indudablemente se hará la paz.

¡La paz! Era ya la aspiración de todos desde el primer día de la guerra. Esperando la paz se combatía cada día con más ardor y más crueldad. La guerra se extendía como si una tea poderosa prendiera su llama en un reguero de pólvora; y las naciones iban una a una precipitándose en la guerra.

Pasados los primeros meses de ansiedad, en los que todo era deseo de saber noticias, devorando los periódicos y acudiendo a leer los partes de los transparentes, se había apoderado de todos una especie de indiferencia: la enfermedad aguda de la guerra ad-

quiría cronicidad; la terrible epidemia se hacía endémica, se acostumbraban a ella. Sin darse cuenta se vivía una vida nueva engendrada en las trincheras.

Quizás era en Suiza donde más repercutía el eco del estado civil creado por los combates. Enclavada entre las naciones beligerantes, sin salida al mar, la situación de la república federada se hacía difícil. Sobre sus simpatías, que se indicaban francamente en su división—Suiza italiana, Suiza Alemana, Suiza Francesa,—estaba el interés de la federación; que deseaba conservar una neutralidad perfecta, aunque sin olvidar que el *puerto suizo* era el puerto francés de Cette.

Poco a poco se iba haciendo la vida más difícil. Cada día había que imponer una nueva prohibición. Suiza se entristecía. El gran sanatorio, el país de los sports, se convertía en un gran refugio. Acudían allí los millonarios de todos los países, los que escapaban huyendo de la desolación de Rusia, Austria, Alemania, Polonia, Grecia, Francia, Italia y parte de España y de América.

A los millonarios siguieron los príncipes. Los pueblos, enseñados por la guerra, exasperados por el hambre, hacían experimentar a los jefes de Estado el inmenso peligro que existe en enseñar a los hombres a matar hombres dentro de la legalidad para lograr el triunfo por la fuerza. Los tronos que parecían más seguros se bamboleaban... caían familias imperiales. Reyes, príncipes y emperatrices se refugiaban en Suiza, acogiéndose a

la protección de aquella democracia igualatoria que los convertía en simples ciudadanos, sujetos a las leyes comunes, sin enojosos privilegios. Suiza era para todos el país libertador donde podían sentirse más seguros, más sin temores. Los prisioneros franceses o alemanes que lograban escapar de los campos de concentración caminaban a refugiarse en Suiza a pesar de la vigilancia de las fronteras. Allí había una doble población de internados, a cuyo alrededor acudían las familias doloridas. Suiza tenía que cerrar sus fronteras para prohibir la entrada de las gentes que no tenían nada que hacer allí, de los mismos a los que antes se cuidaba de atraer haciendo esos folletitos, en forma de tríptico, con sus cromos atractivos y sus descripciones no menos coloristas.

Igualmente las cerraba para la salida. Se veía que dominaba de un modo omnímodo la influencia francesa. ¡Todo menos disgustar a Francia! Era preciso estar alerta contra el ejército de espías que pululaba por todas partes. Había espías de todos los países. Allí se sabían las noticias antes que en ninguna otra parte, el espionaje tenía un gran interés; y en cada uno de los habitantes había como una expectación que los hacía sospechosos de espionaje para consigo mismos. Se sentía en todas partes el aliento de los espías, y las gentes desconfiaban unas de otras. Nadie se atrevía a hablar o saludar a un desconocido. Nadie hacía a otro un ligero favor o una atención; se recelaba del amigo, se veía en toda mujer un instrumen-

to policíaco; nadie hablaba en voz alta en los hoteles, ni en las casas, ni en la calle; en los cafés, en los trenes, reinaba un silencio de muerte, temiendo que una palabra, una frase, pudiese parecer sospechosa.

Se habían sufrido los terribles inviernos sin calefacción. Se habían tenido que suprimir trenes y hacer cesar—por falta de carbón—la navegación de los lagos. Todo estaba reglamentado, racionado de una manera severísima. Cartas de pan para consumir sólo 250 gramos al día; cartas de queso, cartas de grasa, 2 gramos y medio; cartas de manteca, 15 gramos, cartas de azúcar—que se hacía imposible encontrar—habiendo que recurrir a la sacarina. Era un continuo ir y venir a la alcaldía o a las oficinas de policía para cumplir con tantos mandatos.

Pasados los dos primeros años de guerra, la madre de Sonia vio con terror cuánto habían disminuído sus fondos, a pesar de haber recibido muy irregularmente nuevos envíos de su administrador. Fué preciso pasar del hotel de primer orden, donde nada se echaba de menos, pues con buenas propinas podía burlarse la vigilancia, al hotel modesto, donde se carecía de comodidad.

Llenas de inquietud y de zozobra veían que ya no recibían contestación a sus cartas. ¿Qué habría sido de su fortuna? ¿Qué le sucedía al administrador? La pobre señora enflaquecía y se desmejoraba visiblemente, a pesar de los esfuerzos de Sonia para cuidarla y distraerla. Débil y enferma,

fué una de las primeras víctimas de la *gripe española*. Sonia se quedó sola, en aquel país extranjero, que seguía siendo extranjero para ella, porque era país donde no se hacían amistades. Vestida de negro, con su gran velo flotante, Sonia vagaba continuamente a orillas del lago, sin saber qué hacer ni qué pensar. Se sentía vivir y se dejaba vivir... consumiendo de día en día su dinero y sin pensar qué iba a suceder después.

Así la conoció Adolfo. El había ido a Suiza por curiosidad de acercarse a los países beligerantes. Lo había engañado también Suiza, y después de pasar su frontera se sintió cogido en la trampa, de la que no podía salir. El no se daba cuenta de por qué se le negaba el pasaporte para volver a España. Era una cosa arbitraria que debía obedecer a una equivocación y contra la cual reclamaba continuamente a la Legación de España sin cansarse de escribir a Madrid, al Ministerio, a sus conocimientos. Era imposible salir de allí. Sin duda se le tenía por sospechoso de *algo*, sin que se supiera en qué consistía ese *algo*. Sin duda alguna relación imprudente con alguna artista o algún amigo tachado de espion.

Una tarde en que se paseaba a orilla del lago, encontró a Sonia, que le cautivó con su silueta enlutada. Su fantasía vió en ella una de esas viudas de la guerra, viuda de hombre sano, que parece ofrecer en sus amores el atractivo de una infidelidad.

La frecuencia de verse les hizo sa-

ludarse, y a veces cambiaron algunas palabras de cortesía.

—Es una francesa con tipo de española—pensaba él notando en Sonia ese aire gracioso, ondulante, tan lejos de la rigidez de las extranjeras, que es característico de las españolas.

—Me parece un compatriota—pensó ella ante el tipo moreno, los ojos negros y la mediana estatura de Adolfo.

Una tarde él la preguntó de dónde era.

—Rusa, ¿y usted?

—Español.

Después de esta revelación hubo un largo rato de silencio.

Los dos se miraban como si se vieran por primera vez bajo el influjo de las palabras mágicas.

¡Rusa! ¡Español! Eran las leyendas de dos pueblos que influían sobre ellos. Sonia tenía la visión de un pueblo pintoresco. Hombres decididos, de honor inquebrantable, capaces de dar la vida por su dama, o por cualquiera mujer indefensa. Un pueblo de héroes, de caballeros, de almas de fuego, idealistas y valientes.

Adolfo, por su parte, veía a la hija de la salvaje y hermética Rusia; la mujer de belleza excepcional, envuelta en su velo, guardadora de un secreto de amores y placeres desconocidos y supremos. La mujer de decisión, de alma complicada, tan distinta de las otras mujeres.

Los dos se sorprendían de la semejanza de raza que había entre ellos.

—La hubiera creído a usted española—dijo él.

—Usted me pareció ruso en los primeros momentos.

—Yo creo—afirmó Adolfo,—que todo eso de raza eslava y latina son historias, nos parecemos demasiado para que no se nos conceda un origen común.

—Tal vez tenga usted razón—repuso Sonia riendo,—hay una simpatía en Rusia por todo lo español, como si fuese algo muy cercano a nuestro espíritu.

—Yo también he mirado siempre con simpatía todo lo ruso. Su valor para luchar por la libertad, está cerca del corazón español.

—Yo quisiera escuchar su idioma, hábleme usted en español.

Adolfo, sin saber qué decir para dejar oír su idioma, recitó unos fáciles versos de Zorrilla.

Sonia lo oía conmovida.

—No entiendo lo que dice—afirmó,—pero el acento es un acento ruso. Escuche usted.

A su vez ella recitó unos versos rusos. Adolfo creía estar escuchando a una española, que hablase lejos, de modo que no oyendo las palabras, pudiese percibir el acento.

Aquella semejanza que creían encontrar entre ellos, los unió en una estrecha amistad. Todas las tardes Adolfo iba a buscar a Sonia a su pensión y la acompañaba en el paseo. Aquella tarde la tormenta amenazaba con no dejarles salir.

—Sólo esto nos faltaba—dijo él sin poder ocultar su mal humor.

—¿Le cansa mucho Suiza?—preguntó la joven.

—No puedo soportarla—prorrumpió él con esa franqueza ruda, que seducía a Sonia. — ¿Ha visto usted esa admirable vista del Mont Blanc, hecha en cartón piedra, que hay en el jardín público de Ginebra? Pues así se me representa a mí toda Suiza. He llegado a figurarme que los montes son de cartón piedra, y que la nieve está hecha con algodón y escarcha, como la de los nacimientos; a veces hasta dudo de que los lagos sean de agua de verdad.

—¿Qué exagerado!

—Sí... pero no puedo dominar esta sensación de fastidio. Aquí no hay alma en la gente, ni en la naturaleza que ellos han domeñado, arreglando su naturaleza bravia para presentarla artificiosa y amanerada.

—¿No es así España?

—No. En España hay terrenos estériles, secos, incultos, y vergeles maravillosos; hay montañas y llanuras; paisajes alegres y paisajes sombríos. Todo tal como ello es, dentro de la más hermosa novedad. Cada pueblo conserva sus costumbres. Los aldeanos se visten con trajes típicos de cada región, y sobre todo, cada español lleva dentro, si no un rey, un rebelde, celoso de su independencia y de su personalidad. Si nos dieran los pasaportes, yo la llevaría a España conmigo para que comprendiera toda su belleza.

—Después iríamos a Rusia. Rusia no es el país que pintan aquí, con sus estepas cubiertas de nieve, llenas de lobos y poblada de siervos salvajes a los que se acaricia con el látigo.

Tenientos hermosas ciudades y palacios maravillosos. Yo siempre he llamado al palacio del Zar, *El palacio del Miedo*, porque el presentimiento del fin del imperio lo llenaba de terrores y de sombras.

Hubo unos momentos de silencio. Empezaba a caer la lluvia en gotas esparcidas y grandes, que sonaban al aplastarse contra el suelo, y producían una extraña apariencia de ebullición sobre las aguas del lago.

De la tierra subía un olor de fermento, de tierra mojada, de fecundación.

—Sonia—dijo de pronto Adolfo, cogiendo una mano de la joven,—este olor que nos envuelve viene de tus cabellos... déjame que lo huelo y me embriague en él.

—¿Adolfo!

Estaba sorprendida, desconcertada. No esperaba ver cambiarse así de pronto en amor su camaradería.

—No te asustes Sonia. Estoy seguro de que me amas como yo te amo. No habíamos pensado en decirnoslo, pero el convencimiento estaba en nosotros. ¿Cómo iba yo a llevarte a España? ¿Cómo querías tú que te acompañase a Rusia? Pensábamos en nuestras vidas ya siempre juntas, inseparables... ¿Por qué no decirnos la verdad y acelerar nuestra dicha?

Ella no acertaba a contestar, pero sus ojos color tabaco, tenían reflejos de oro, humedecidos por las lágrimas.

La tormenta había estallado con toda la bravura propia de aquel país de montañas; una cubierta negra ocultaba el sol y extendía oscuridad sobre

la tierra y sobre el lago. La luz de los relámpagos y el tabletear de los truenos, que tenía mayor sonoridad en aquel valle, le daban un aspecto terrorífico. Adolfo retiró a Sonia dulcemente del balcón. Cuando pasadas unas horas volvieron a asomarse, la tempestad de opereta había desaparecido, el sol iluminaba esplendorosamente la claridad del lago, las colinas pizarrosas, los árboles con las hojas

lavadas y lucientes, y la tierra satisfecha y agradecida de la fecundación que acababa de gozar.

Ellos lo miraban todo como si lo viesen por primera vez. Si Adolfo recordó sus teorías, debieron parecerle injustas. Los dos con las manos enlazadas, y los labios unidos, murmuraron a un tiempo, con el deleite de la revelación:

—¡Qué hermoso es todo esto!



Otra vez volvió a apoderarse de los dos el enervamiento que la estancia forzosa en Suiza les producía. Habían agotado todo el idilio en paseos a la orilla del lago y por los lugares pintorescos y solitarios. Las bellezas de Rusia y de España les eran ya conocidas a ambos.

—¡ Si pudiésemos ir a Rusia!—decía ella.—Es imposible que yo no pueda recuperar una parte de lo que me pertenece, y podríamos vivir bien.

—¡ Si fuese posible ir a España!—suspiraba él.—Eso sería mejor, y nada habría de faltarnos.

¿ Pero qué hacer? Pasaban días, semanas, meses y siempre la agonía de la espera, tan engañosa, que parecía ofrecer una solución próxima. “¡ Tal vez mañana!”

Los dos jóvenes emprendieron el viaje a Berna. Era preciso ver a los respectivos ministros y recabar una solución. Los recursos de Sonia se agotaban rápidamente, y sería comprometida la situación cuando ambos tuvieran que vivir de la pensión que recibía Adolfo de su casa, un tanto irregularmente. El ministro ruso se excusó. ¿ Qué podría hacer él en lo anormal de la situación? ¿ Qué autoridad podía haber para aquel pueblo que destronaba al Zar venerado, mataba al *Padrecito*, y se entregaba a crear una organización liberal con una embriaguez que estaba en razón directa con la esclavitud de que habían sido víctimas?

El ministro de España nada podía hacer. A pesar de su celo, de su crédito con los aliados, el pasaporte de Adolfo no se conseguía. Era preciso proponer al Ministerio de la Guerra, a París, y desde allí venían las autorizaciones de pasaporte. La de Adolfo no llegaba nunca. Su nombre debía

estar en la lista negra o entre los sospechosos.

Fue así que la lista negra. Cuando marcaba a una casa de comercio o a un hotel, constituía su ruina. A pesar de que aquellas ciudades de la Suiza Alemana tenían todas las afinidades con Alemania, en el aspecto mismo de la ciudad, el estilo de los edificios, los letreros, todo, la influencia que dominaba era la francesa, y los tachados de alemanófilos se incluían en la lista negra.

Toda aquella parte la ocupaban los internados alemanes; a cada paso veían el uniforme de los soldados del Kaiser y sus ásperos bigotes rojos. Unos estaban silenciosos, oscos, enzufrados; otros se mostraban contentos, alegres, acompañando amorosamente a las lindas suícas, menudas, de tez oscura y cabellos deslucidos. Sonia las miraba con su odio de rusa.

—Estas comen—decía,—pero en su tierra no dan de comer a nuestros pobres prisioneros.

—¡Exageras!

—¡Que exagero! ¿Acaso no has visto los convoyes que vienen para el canje? Los franceses les entregan hombres sanos y bien alimentados y ellos traen moribundos, aniquilados y martirizados. ¡Los boches!

Sentía gana de silbarles aquel insulto cada vez que se cruzaba con ellos en la calle principal de Berna, aquella calle, espina dorsal de la ciudad, que la atravesaba desde la Plaza Bubenbergh hasta el puente Nydeck, en un largor de mil trescientos metros, imprimía en ella su carácter de

Edad Media. Los escaparates brillantes de cerámica, de joyería, de telas y adornos modernos, resultaban un anacronismo bajo la arcada que formaban las casas antiguas, los puentes pintorescos, que ornaban todo lo largo de la calle, la clásica torre del célebre reloj que movía todo un pueblo de muñecos animados, y más que nada, aquellas puertas de madera, especie de trampas, que daban entrada a las cuevas que había bajo cada casa, y que se abrían entre los pilares de las galerías aquellas, rodeados de todos los esplendores del comercio moderno. Al final la *Fosa de los Osos*, conservadora de la tradición que no deja de visitar ningún forastero.

Allí en el fondo, bailaban y hacían sus toscas gracias, gracias parecidas a las de los hombres gordos, las dos parejas de osos que sostiene la ciudad, en recuerdo de que debe su nombre y fundación a la caza de uno de estos animalitos. Alrededor de la fosa se vendían zanahorias, que compraban los visitantes para gozar en el espectáculo de la ansiedad con que los solicitaban.

No tardaron en experimentar allí el aburrimiento que los invadía, y que les hacía estar días enteros silenciosos, cerca el uno del otro.

—Estoy demasiado cansada de osos y de alemanes—dijo un día Sonia,—¿Quieres que nos traslademos a Ginebra? Esa al menos es una ciudad que recuerda a Francia, y se ven uniformes azul horizonte, azul victoria.

En efecto, pasar de Berna a Gine-

bra era pasar de Alemania a Francia.

Sonnia se arrepentía de haber cambiado. Allí Adolfo tenía numerosos amigos, con los que pasaba el tiempo, dejándola casi siempre sola. Cuando volvía, volvía de mal humor. Veía que le iba a ser imposible salir de allí. Confidencialmente le habían dicho el motivo, que él no se atrevía a comunicar a Sonnia. Unos amores con una artista del Kursal con la que había hecho un viaje a Basilea y Zurich, y a la que había dejado de ver sin hacer caso de la obstinación con que ella deseaba mantener las relaciones. Era aquella mujer la que lo había denunciado como *espion* contando cosas que lo comprometían. Adolfo hubiera querido encontrarla y vengarse de ella obligándola a confesar la verdad.

Aquella tarde fué al Kursal. Era una tarde dorada y brillante de Ginebra que hacía olvidar con su encanto los horrores de la guerra. Brillaban con igual limpieza el azul del lago y el azul del cielo. Ginebra blanca, se tendía a los pies de la Salève, y en segundo término se destacaba la Aguja de Plata y el gigante Mont Blanc, con la silueta incomprensible de su cumbre achatada, que se recortaba en el horizonte, de manera que las imaginaciones exaltadas creían distinguir en ella la tumba de Napoleón y la estatua yacente de aquel hombre pequeño, cuya grandeza necesitaba aquel túmulo inmenso. Era la ilusión de los pies, punta al cielo, los brazos cortos cruzados sobre la enorme ba-

rriga hinchada y la cabeza cubierta con el tricornio glorioso que se enseñaba en todos los museos; hasta la nariz napoleónica se recortaba en la nieve eterna para no dejar duda

Empezaban a encenderse las guirrualdas de luces que ornaban los puentes sobre el lago ondulando como oro líquido en las aguas.

Adolfo, sin darse cuenta, sentía aquella placidez de la ciudad, cruzó cerca de la pequeña isla de Rousseau, que se mecía como una maceta en el lago, atravesó el puente del Mont Blanc y se encontró en el malecón, cubierto de flores, con la fila de hoteles magníficos, cuyas terrazas y balcones desaparecían entre las flores también. Enfrente se alzaba aquel salto de agua, el mayor del mundo, que se elevaba y se doblaba sobre sí mismo, formando la columna alabastrina y transparente, en la que jugaban los colores del iris. Se paró un momento y sonrió. Estaba en un paraíso, y se desesperaba de no poder salir de él. El Kursal resplandecía de luces. Afluía la gente al teatro a las salas de juego, a los comedores. Él se dirigió a la sala de las varietés. Cerca de la puerta le cerró el paso un hombre gordo, mofletudo, de aspecto alegre, que le tendió la mano efusivamente.

—Mi señor don Adolfo, cuánto tiempo sin verle.

Se detuvo sorprendido y presa ya de aquella desconfianza que existía en el ambiente.

—¿No me conoce usted?

Adolfo hizo memoria. Recordó co-

nocerlo como dueño de un instituto de belleza que existió en Madrid, y donde le acompañó varias veces a su amiga, una marquesita casada con un viejo, que no quería contagiarse de la vejez de su esposo.

—Aquí me tiene usted. Me cansé de aquella ocupación, me vine de España, y ahora soy el dueño de este Kursal, al que apenas deja vivir la guerra.

—¿Y su esposa?

—No sé por cuál de mis esposas me pregunta, porque suelo cambiar de ellas como de domicilio.

—¿No era su esposa la que estaba en Madrid?

—No, la señorita Costi era mi compañera, sólo mi compañera. La tomé para que me ayudase al negocio. Lo entendía, era elocuente, pero tenía una terrible arruga en el entrecejo, que era el peor alegato para las damas que iban allí a quitarse las arrugas. Era preciso explicarles que era celosa y tenía mal genio.

—Pero usted tenía una buena clientela.

—Sí. Las mujeres acuden siempre a donde se las engaña. Todo el secreto de los productos de belleza se reduce a unas cuantas drogas que se proporcionarían fácilmente en cualquier farmacia, y que pagan carísimas cuando se les da con un lindo envase y un prospecto llamativo. Eso es todo.

Adolfo escuchaba con paciencia aquella charla, proponiéndose utilizar al dueño del Kursal, que conocía a todos los artistas, para hallar a la que

buscaba. Tomó asiento al lado de una de las mesas, y pidió una botella de Champagne. Casi todas las mesas estaban ocupadas por caballeros muy circunspectos, correctamente vestidos de etiqueta, que bebían abundantemente, sin perder la mesura, al lado de lindas mujercitas muy pintadas y muy descotadas.

El dueño, como si tomase la misión de enseñárselo todo, vino a sentarse a su lado y le dijo los nombres de algunos de aquellos señores. Un duque, una bailarina célebre, varios millonarios...

El sexteto, colocado en uno de los ángulos tocaba música de Rossini. Al terminar se adelantó al centro del salón una pobre mujer huesuda, flaca, cuyo carmín y blanquete no lograba disimular la amarillez y las arrugas, y entonó un cuplé, que corearon varias de aquellas señoritas. Después un hombre, pintado, con peluca, pantalón ceñido, frac de romántico y gesto femenino, se adelantó a bailar y a cantar con gestos innobles, que provocaban risas y aplausos. El dueño del Kursal le iba dando noticias de quién era cada uno. La pobre mujer esquelética había sido nada menos que la amante de un Rajá; el hombre, un célebre excéntrico inglés...

—Esta—añadió señalando a una jovencita blanca, rubia, de semblante candoroso, que danzaba lúbricamente entre las mesas—a pesar de su aspecto de santita, es una mujer peligrosa, tenga usted cuidado si se le acerca. Es una morfínomana... insaciable en

amor, y su sed la invita a matar a sus amantes...

El lo oía mirando con pena el espectáculo. Resultaba más forzado, más escueto, aquel esfuerzo de los pobres hombres y mujeres, que se ganaban la vida con sus gestos de histriones, agitándose entre las mesas, en promiscuidad con el público, que los de las bailarinas o payasos en los tablados y en los circos. A la rubita siguieron otras, rubias y morenas, de largas trenzas y de melenas cortas, jóvenes y viejas... Su acompañante le daba idea de todas, y le contaba tal o cual historia galante. Conforme iban acabando de mostrar sus gracias todos iban recorriendo las mesas. En unas les daban billetes; en otras les ofrecían copas... Se daban citas. Algunas se sentaban con sus enamorados. El dueño del Kursal trataba de animarlo.

—Si le gusta a usted alguna...

El se atrevió a preguntar:

—¿Conoce usted a Marta Sabruni?

—Mucho... Pero, silencio, no me hable usted de ella. Es comprometido.

—¿Cómo?

—A la pobre muchacha la han expulsado de Suiza en unión de los hermanos Morangos... una deliciosa trupe que me hace gran falta... Tenían éxito... El menor sobre todo... un rubio precioso... tenía mucha aceptación y traía gente.

—No comprendo bien.

—Marta y los Morangos se fueron a bailar a Berna, al hotel Bellevue, en una representación privada delan-

te de los príncipes de Grecia... y he tenido que privarme de ellos. Me lo ordenó *quien puede*... Han salido de Suiza.

—¿Pero quién es *quien puede*?

Miró sobresaltado a su alrededor.

—En verdad que he hablado demasiado, nos pueden oír.

—No es posible.

—Que usted se lo cree. Se oye todo lo que se habla. Cada persona es un espía. Aquí se sabe todo lo que cada uno hace, lo que escribe... lo que piensa.

—Yo creo que aquí se engendra una manía persecutoria y que no es más que un fantasma como los jesuitas en España.

—No lo crea usted. Ese caso mismo de los pobres artista se lo prueba. El rigor es cada vez más grande. A una dama aristocrática que iba a España con pasaporte de primer orden, la han desnudado en la frontera y le han lavado el cuerpo con limón. Sólo porque era amiga de unos príncipes germanófilos... Yo mismo he estado preso en un calabozo de la frontera italiana quince días, aunque llevaba mi pasaporte en regla. Me habían confundido con otro. Luego con decirme *Usted dispense*, todo quedó arreglado.

—¿Y dice usted que a Marta la han expulsado?

—Cierto.

—Pero ella era una espía.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque he sufrido una delación suya.

—¿Qué dice usted?

Adolfo explicó su situación.

—¿Pero la delación no era cierta?

—Era una venganza.

—¿Y cómo lo ha sabido usted?

Adolfo iba a contestar, pero se detuvo. Una sospecha atravesaba su espíritu. Indudablemente era verdad que cuanto hablaran se había de saber. Aquel hombre era un espía.

Cuando salió a la calle la noche envolvía a la ciudad. Una noche clara perfumada, que dejaba adivinar los

contornos de la ciudad, con sus guirnaldas de luces iluminando el lago. Entonces se dió cuenta de por qué deseaba salir de allí. Era una placidez de convento, placidez de cárcel, algo hipócrita, donde se sentía sin libertad, cogido en aquella red de espías recelosos de ser espíados, y que encontraban manera de hacer culpables los actos más sencillos. A veces no sabía uno mismo si era o no inocente.



III

Cada día se hablaba más del fin de la guerra. Era Alemania la que lo había de decidir. La paz que ella pidiera se aceptaría por los aliados. Pero ¿qué condiciones impondría? Alemania tenía el territorio incólume, se podría rehacer fácilmente, era preciso ver la manera de evitar los nuevos conflictos del odio que se había sembrado en los profundos surcos de las trincheras y que germinará en lo porvenir.

Por un desdichado fenómeno los ideales de los vencidos, los que habían concitado contra Alemania al mundo todo en nombre de la civilización, dominaban a los combatientes vencedores. El militarismo, el cesarismo, no habían muerto. Nacía un egoísmo nuevo; un nacionalismo en casi todos los Estados. Adolfo desconfiaba de una paz en aquellas condiciones, y la duda lo desesperaba.

Se sentía más solo cada vez. Sonia había dejado de ser para él lo que

había sido. La niña convertida en mujer por obra suya, había sentido despertarse en ella el alma rusa, el alma revolucionaria. Veía los acontecimientos de su país con un entusiasmo que él, con un espíritu español—crítico y uno poco envejecido—encontraba ridículos e insoportables en una mujer.

El amaba a Sonia. Estaba seguro de haber sido su iniciador en los misterios de la vida; conocía la rectitud de su alma blanca y buena, era bella, interesante, de una cultura superior a la de la mayoría de las mujeres españolas. Siempre había soñado con la vuelta a España al lado de ella; pero le asustaba el pensar que la joven no podía ser la mujer de hogar que un español necesita por esa tradición latina tan arraigada. Necesitaba hacer de ella una española y Sonia era cada vez más rusa. El deseo de ir a su país la agujoneaba cruelmente. Leía con avidez todas las noticias que pu-

blicar los periódicos; se veía que deseaba la paz para poder ir a su tierra. Adolfo la miraba con inquietud.

—¿Por qué te preocupas tanto de eso, Sonia?—le preguntó.—Tu vida ha tomado un nuevo derrotero; tú no has de ser rusa, sino española.

—¿Española?

—Naturalmente, según nuestras leyes la mujer sigue la nacionalidad del marido.

Ella guardó un momento silencio, y al fin dijo:

—Es preciso que yo vaya a Rusia.

—Iremos después de pasada esta ola de locura que envuelve al mundo, cuando todo haya recobrado la tranquilidad.

—¿Crees que volverá esa tranquilidad egoísta que tú imaginas?

—Naturalmente.

—No. Es un mundo nuevo el que nace después de la guerra. Son otras necesidades las que se dejan sentir, y ellas han de engendrar otras costumbres y hasta otra moral, otro arte y otros sentimientos. La guerra marcó el fin de una edad histórica.

—Bien, nosotros viviremos en ese nuevo mundo con nuestro amor antiguo, que sabremos renovar continuamente.

—Sí. Yo te amaré siempre—contestó ella con solemnidad.—pero necesito ir a Rusia ahora.

—¿Ahora precisamente?

—Es el momento en que me necesita, es el momento difícil, el momento de lucha. Me parece que es mi misma madre la que me llama para que vaya a defenderla.

—No seas niña, Sonia, ¿qué podrías tú hacer en un momento de peligro?

—Lo ignoro... pero debo hacer lo que pueda. Si cada uno negase su concurso, dejándolo todo a los demás, ¿cómo salvaríamos la patria?

—Es un fanatismo el que se apodera de ti. No debías empequeñecer tu alma con la idea de *Patria*, que tan bien saben explotar algunos. La patria es toda la tierra. Nacemos en el mundo...

Lo atajó ella:

—No te canses... No comprenderé jamás con el corazón esas teorías.

—Pero en todo caso—exclamó él.—¿Qué es lo que favorece a tu patria? Debe ser la Rusia de los Zares o la de los soviets.

Sonia se exaltó:

—Te ruego que no bromees, Adolfo, es demasiado grave para mi corazón este asunto. Con los Zares ha muerto la tiranía. No podemos ir para atrás. Rusia tiene que liberarse, que rehabilitarse. Necesita a todos sus hijos.

—¿Y no vendrás conmigo a España?

—Acompañame tú a Rusia.

—Sería una locura. Yo no me siento con bríos de redentor de un país extraño.

—¿Extraño para ti mi país!

—No romántices, Sonia; muy atractivo, muy simpático, todo lo que tú quieras, menos ir a dejarse allí el pellejo inútilmente.

—Me duele que hables así.

—Es una manía, perdóname que te

lo diga. Tal vez el contraste de tus lecturas con este ambiente. España te curará.

—Yo no iré a España.

—¿Será posible que pongas mi amor a esa locura?

—¡Adolfo! ¡Compréndeme!

—Me iré solo. No me verás más.

—No...

Aquella conversación se renovaba de un modo alarmante. Cuando se firmó el armisticio, después del primer movimiento de alegría, los dos experimentaron cierto temor. Deseo de escapar, y pena de irse. Aquellos lugares se les hacían aborrecibles en la prisión, y llegaban a ser queridos con la libertad. Nunca se amaron con una pasión tan intensa y sin embargo, al día siguiente, sin decirse nada el uno al otro, acudieron a sus respectivos consulados.

El cónsul de Rusia se negó.

—Vive usted públicamente con un hombre tachado de espía. Yo no puedo extenderle su pasaporte.

Adolfo no fué más afortunado.

—Yo estoy pronto a visar su pasaporte—le dijo el cónsul,—pero vea usted si puede pasar por Francia.

—Yo creo que nadie mejor que las autoridades de mi país para abonar mi inocencia. Se me acusa de un absurdo.

El cónsul sintió despertarse en él toda el alma timorata detallista y pequeña de los diplomáticos.

—Es que nuestra situación es muy comprometida. Yo por mí me atrevería a todo, pero aquí represento a España. Cualquier imprudencia podía originar un conflicto... en estos momentos.

Adolfo se impacientó. A él le parecía ridículo aquel hombre que se creía de buena fe en importancia, sintiendo en su ser como una transformación que lo convertía en la encarnación de España, y se creía capaz de influir con un pasaporte o una recomendación en los destinos del mundo.

—Pero es que a usted le debe constar que se comete conmigo una injusticia.

—Así lo creo... pero amigo mío, su conducta es un tanto irregular... vive usted con esa rusa que es una revolucionaria.

Rió Adolfo.

—Parece una revolucionaria por ser rusa.

—No..., no, por eso...; es que se sabe que concurre a reuniones de sus compatriotas. Un día tendrá usted un disgusto.

—Eso es otra mentira intolerable. Esa joven es mi novia y será mi esposa. Es preciso que me diga usted de dónde parten esas calumnias.

—No hablemos más de esto. Hemos pronunciado varias veces la palabra *revolución*, y como no comprenden

el ~~...~~ podrían creer algo que nos comprometiera.

—Pero si estamos los dos solos en esta habitación, y hasta creo que en esta casa. En el Consulado de España, ¿quién nos ha de oír?

—No sé..., pero nos oyen..., nos oyen con seguridad. Se oye todo. Los espías...

le hablaban del mal estado de salud de su madre, ya anciana.

—Si mi madre muriese sin yo verla —exclamaba— había de buscar a Marta en el centro de la tierra para darle un tiro.

Seguía la locura de las persecuciones, aun después de firmado el armisticio.

No quiso decir nada a Sonia, que estaba más triste que de costumbre aquel día, y fué al Consulado de Francia. De un modo inflexible, sin explicación ninguna, se le seguía negando su pasaporte.

Una rabia sorda se iba apoderando de él.

Era un preso, un condenado, sin formarle sumaria. Se le retenía contra su voluntad allí.

—¡Y luego dirán que estoy en una nación libre!

Hubiera querido poder encontrar a la que le había delatado, maltratarla y obligarle a decir la verdad. Para colmo de males, las cartas de España

La Suiza se le volvía a tornar odiosa. Sus flores y sus lagos eran barrotes de prisión, y su plácidez silenciosa la forzosa calma del presidio.

Le parecía que los que paseaban por los caminos del Mont Blanc debían llevar ese gran número en tinta blanca que llevan los penados. Todo lo que era allí alegría, belleza, se le tornaba antipático al mirarlo como parte de su cárcel. Tuvo un momento en que dominó a todo el deseo de salir de allí.

Odiaba la ciudad calvinista, funesta a los españoles, asesina de Miguel Servet, y le parecían amenazadoras todas aquellas graves figuras de electores y de príncipes, defensores de la reforma, que ornaban el monumento del pensamiento libre en la Plaza Nueva, adosada a las antiguas murallas.

Quería escapar de allí, fuese como

fuese. Verse libre del tormento de los espiones. Algunas noches ardía de fiebre producida por su ansiedad.

—Vamos a Rusia—propuso un día a Sonia.

—No es posible—repuso ella lacónicamente.

El no dijo nada, pero sintió en el pecho una mordedura cruel. Tuvo la evidencia de que Sonia había inten-

tado tener su pasaporte para Rusia, ocultándose de él. ¿Acaso no había él hecho lo mismo? No debía culparla cuando en su deseo de escapar de allí se sentía capaz de abandonarlo todo. Sentía la misma ansiedad que obligaba a los prisioneros de uno y otro país a escaparse de Suiza para volver a participar de los horrores de la guerra.



IV

El armisticio se prolongaba ya demasiado, se seguía la trayectoria de la paz apasionadamente; pero nadie se atrevía a decir su pensamiento. En voz baja, casi al oído, se decían algunos que les parecían demasiado terribles las condiciones impuestas a los vencidos. En voz alta, todos hablaban mal de los *boches* que tenían todo aquello bien merecido por sus crueldades; hasta los que no estaban conformes tenían que sustentar aquella teoría para no parecer sospechosos si al hablarles en ese sentido guardaban silencio o mostraban poco ardor.

Una señora que se había atrevido a exponer su opinión de que no se debía juzgar al Kaiser había sido expulsada de Suiza.

—Si yo supiera qué delito debía cometer para que me expulsaran, no vacilaría un momento en perpetrarlo—decía Adolfo.

—A nosotros no nos expulsarían,

nos meterían en la cárcel—le contestaba Sonnia.

—Pues yo no pienso ocultarle a nadie mi disconformidad con que se arroje sobre un solo hombre la responsabilidad de una guerra en cuya génesis hay tanto culpable. Además, me repugna ver a un hombre que ha tenido tan alta dignidad comparecer ante un tribunal de enemigos. ¿Quién es bastante para poder juzgar?

—Debían haber hecho con él lo mismo que con el Zar—decía exaltada Sonnia.

—Eso hubiera sido otra cosa: pero esta represalia tiene algo de venganza, y sólo conseguirá hacer simpática la figura de Guillermo II, con esa aureola que tiene todo el que sufre, cualquiera que haya sido su culpa. El ejemplo que están dando los príncipes y los grandes que se ofrecen en su lugar resulta ya conmovedor. Con ese juicio, sólo se conseguirá

hacer de una figura, vulgar en el fondo, una especie de Napoleón.

Somnia miraba inquieta a su alrededor.

—Cállate..., seguramente nos oyen. Era la manía de siempre.

Era que en aquellos días de preliminares de la paz, los espiones se multiplicaban. No se podía concebir los mil medios ingeniosos que hallaban para comunicarse, a pesar de la vigilancia tan grande de la censura, de los ácidos que pasaban sobre las cartas. Siempre una clave, una letra, una palabra eran capaces de revelar un secreto de Estado.

Se señalaba a Ginebra como la sede de la Liga de las Naciones, y esto aumentaba la importancia que adquiría Suiza, con su parcial neutralidad en la gran guerra.

Se habían refugiado allí casi todas las familias reales derribadas de sus tronos.

En los paseos solitarios de *Mon Repos* o de *El Jardín Inglés* se cruzaban los príncipes destronados, los que un día formaron una gran familia y que hoy, reñidos unos con otros, apenas se saludaban. Estaban allí todos los príncipes destronados, todos los pretendientes a tronos que habían fracasado; Doña Berta, la viuda de D. Carlos, paseaba su insignificancia con aires de reina destronada también; y la esposa morganática de D. Miguel de Braganza se hacía llamar princesa y usaba en sus efectos la bandera azul y blanca y la corona real. Daba la impresión de que toda aquella gente se debía haber escapado, huyendo de los

países en revolución, y extrañaba que hubiesen podido salvar sus pelucas, sus pinturas y los largos vestidos de cola en los que se conocía su dignidad de princesas, como si aquellas colas fuesen la corona que les había quedado. Así es que fuera del comedor del hotel, en los paseos, con el nivelador traje sastre, pasaban inadvertidas, con la nostalgia de la admiración y los saludos de la multitud.

La paz era para ellos algo como una losa que se pondría para perpetuar su destierro. Acabada la lucha, permanecerían ya para siempre en aquel estado burgués, lejos de los pueblos de los que no supieron hacerse amar.

En el fondo, mucha gente lamentaba el fin de la guerra, que era un negocio para algunos y una esperanza para muchos. La guerra había creado nuevos ricos y nuevos pobres. Los primeros, gente grosera, ostentaba ridícula y ostentosamente su dinero; los segundos, acostumbrados a todos los refinamientos, se resignaban en silencio al trabajo y a la humillación. Más de un millonario se convertía en camarero de café, y más de un aristócrata aprendía los oficios de peluquero o de sastre.

Muchas mujeres, a las que la guerra había dado beligerancia, veían con pena el momento de volver a sopor-tar a los maridos y entregar sus destinos a los hombres. Ellos, por su parte, aspiraban todos a un empleo, o a seguir en el ejército; después de los largos años de combate no se avenían a volver a trabajar. La voz de los so-

viet y de los bolcheviques tenían eco en ellos.

Hasta muchas señoritas sentimentales no se avenían ya a pensar que no tendrían ya poñus que amadrinar y a los que dirigir cartas sentimentales. Ya cesaba el reinado de Nenette y Retintin; las frivolidades que vivían al lado de una cosa tan grave y tan sería como la guerra. La guerra, que seguía latiendo en el fondo de los corazones, iban a firmarse las condiciones para deponer las armas; se celebraría la fiesta de la victoria, pero aquello no era la paz, tal como se había soñado.

Ya se anunciaba que aun después de firmada aquella paz habrían de seguir los rigores de la censura y la dificultad de las fronteras. Adolfo se desesperaba. ¿Era que no iba ya a volver jamás el mundo a su normalidad? ¿Qué era preciso hacer para salir de allí?

Se estaba cometiendo un atentado contra el derecho de gentes y nadie lo defendía. Aquella mañana, las risas de Sonia, que entró en su habitación como una tromba, abriendo las ventanas y palmeando, despertaron bruscamente a Adolfo. Hacía mucho tiempo que no veía a su novia tan contenta. La agitación daba un rosa subido a sus mejillas, sus ojos tenían más luz. Volvía a la plenitud de su antigua belleza. Una belleza a la que le sentaba bien la risa y la alegría.

Fué a sentarse en el borde de la cama y él le rodeó la cintura entre sus brazos.

—¿Qué es lo que pasa?

—Tenemos pasaporte.

—¿Cómo!

—Sí, he logrado tu pasaporte y el mío.

—¿Para España?

—Para Holanda.

—Pero...

—Desde allí ya no hay nada que nos impida embarcarnos.

—¿Pero cómo has hecho eso?

La joven se explicó. Una de sus amigas rusas le había proporcionado conocimiento con la dueña de un almacén, y como dependientes de este comercio habían logrado pasaporte para ir a Holanda a comprar géneros.

—Yo aparezco como tu esposa... Madame Adolfo...

—Y lo eres ya.

La estrechaba contra su corazón, y en aquel momento no pensaba más que en ella. Como le sucedía siempre que creía lograr su deseo de libertad, se volvía a mirar con tristeza las paredes de su cárcel. ¿Acaso no había sido allí dichoso?

—Sonia, alma mía—murmuró al oído de la joven en el transporte de su pasión.—Me tienes que perdonar. Yo dudaba de ti... sufría... había creído que buscabas tu pasaporte para dejarme... para separarte de mí... buena mía.

Ella respondió sólo con un suspiro, y los besos hicieron innecesaria la respuesta.

Rápidamente, aquel mismo día los dos amantes pasaron la frontera alemana. Su curiosidad se estrelló contra el silencio y las precauciones que los rodeaban. Aquellos hombres de cabe-

zotas cuadradas y bigotes rojos, eran impenetrables para el extranjero.

¿Había revoluciones? ¿Sufrían hambre? Nada podía traslucirse. No los dejaron pasar de la estación.

Un policía tomó sus pasaportes y condujo a todos los viajeros, en el tren, hasta la frontera holandesa, donde les devolvió otra vez los pasaportes. Fué aquel un viaje fantástico, en el que no se daban cuenta de nada. Pasaban aquel hermoso camino que bordea la región más bella de Alemania, la Alemania romántica, feudal, con sus castillos en la cima de las montañas y el lujo de vegetación que vestía sus campos. Nada parecía hablar allí de guerra ni de derrota. Su territorio incólume, bello, sonriente, parecía ajeno a la tragedia de los hombres.

Cuando llegaron a Amsterdam tuvieron un momento de decaimiento. Estaban libres. Podían ir por donde quisiesen. Aquella especie de provi-dencia que regía sus destinos coartándoles la libertad de obrar les faltaba. Se sentían más responsables y hubieran querido una voluntad que guiase la suya.

Todos los hoteles y casas de viajeros estaban llenas de gente. Los alemanes que no se avenían con aquella paz desastrosa buscaban allí un refugio; los millonarios huían para no pagar el tributo de guerra, y se refugiaban en Holanda, en Dinamarca y en Suecia.

—Será preciso dormir en la calle— dijo él.

—No—dijo Sonia.—Hay aquí un

barrio judío, un barrio de lapidarios, donde encontraremos alojamiento.

—¿Crees tú?

—Estoy segura. Tú eres español, y la mayoría de ellos, que descende de España, le guardan un extraño amor, tanto que suelen hablar el viejo romance castellano y enseñan a rezar a sus hijos en español.

—Les enseñan las oraciones a cuyo eco los quemaban vivos, los robaban y los arrojaban a puntapiés de España. Esa sumisión los hace dignos de los tratos que sufrieron.

Sonia meditó un momento.

—Tienes razón—dijo,—el que se resigna a ser esclavo, merece serlo. Por eso amo yo tanto a mi país, por su rebeldía.

El la miró inquieto. Volvían las mismas ideas, y eran ahora más peligrosas en aquel país libre. Ella hizo una transición, y continuó:

—En ese barrio tengo hermanos... Allí nos darán albergue... hasta... hasta que partamos...

Mientras caminaban por las románticas calles de Amsterdam, él iba haciendo proyectos de su vida futura y Sonia le oía silenciosa, casi sollozante.

—Los proyectos para el porvenir crean el porvenir y nos hacen acreedores a él—dijo Adolfo.—¿Por qué no me dices tú nada?

—Te escucho, y pienso como tú.

El aspecto del barrio judío distrajo a Adolfo. Miraba encantado aquellos viejos de perfil aquilino, que parecían los apóstoles pintados por el Greco, sentados en las puertas de sus casas, y

aquellas vírgenes de perfiles puros como el de Sonia, que parecían escapadas de los cuadros de los altares.

Casi todos aquellos israelitas eran tallistas. Allí se desenvolvían los diamantes de lo que les quedaba de carbón y tomaban su brillo y sus facetas.

Sonia fué a llamar a una de aquellas casas y habló con sus moradores. El no supo lo que habló, pero les dieron habitación y les sirvieron una sencilla cena de queso, fruta y miel.

Sonia salió después de cenar. El sentía una extraña inquietud. ¡Si no volviera! Se arrepintió de no haber ido con ella. Pasadas unas dos horas la joven volvió.

—Mañana hay vapor para España.

—¿Has reservado nuestras plazas?

—Sí...

—Parece que lo dices con pena.

—Hubiera querido pasar unos días más juntos... aquí. Se está bien aquí...

Volvió él a enlazarla en sus brazos y a cubrirla de caricias.

Quería aturdirla, rendirla, que lo olvidase todo en el frenesí de la pasión.

Apenas había cerrado los ojos al sueño, con la cabeza echada en el seno de Sonia, cuando llamaron a la puerta.

—Ha llegado la hora—dijo ella.

—¿No dormías?

—Acariciaba tus cabellos y velaba tu sueño.

Se vistieron apresuradamente y corrieron al puerto.

Allí estaba el vapor con las aguas calientes próximo a marchar. Sonia

habló con un tripulante y éste los guió al camarote que debían ocupar.

—Espérame — murmuró Sonia y desapareció.

El esperó unos momentos... Sonia no venía. El barco empezaba a trepidar. Se dirigió al camarero que los había conducido allí. Él pareció no entender la pregunta, pero le entregó un sobre. ¡Carta de Sonia! Leyó:

“Perdóname: Tengo que cumplir un deber para con mi patria. Después te buscaré. No me olvides y cree que te amaré eternamente.

Sonia.”

¿Era aquello posible? Desesperado corrió a la escalera. El barco iba a soltar las amarras. Tenía tiempo aún de saltar a tierra y de buscarla... pero el barco iba a partir... El debía ir a España...

Luchó un momento y no tuvo valor para saltar a tierra. Ya era irremediable. El barco se separaba lentamente de la esclusa que se abría para dejarlo pasar. Miró hacia tierra. Un viejo mendigo entonaba una monótona canción, y a su lado, una mujer enviaba hasta el barco una pequeña cesta amarrada al extremo de una larga caña, implorando una limosna.

Hundió la cabeza entre las manos y rompió a llorar sin cuidarse de lo que pensarían los demás. ¡Ya era libre y renegaba de su libertad! Quería evocar la costa de España. La vieja casa en donde lo esperaba su madre, y sólo se le aparecía Sonia, Sonia, de la que quería abominar, pero a la que

admiraba en el mismo sacrificio de su amor. El, que no amaba así a la patria, había sido también vencido por ella, para no aferrarse al amor.

Miró atrás. La costa de Holanda se esfumaba y apenas se distinguía el remate de *La torre de los florones*, esa torre del muelle a la que subían las mujeres de los navegantes que se lanzaban a la guerra y a las conquistas, desde la que agitaban, deshechas en lágrimas, sus pañuelos. Ningún pañuelo se agitaba para despedirlo a él. Tenía la certeza de las lágrimas y del dolor de *Sonnia*. No dudaba de su amor. Era él quien había sido cobarde.

El fin de la guerra, que tanto había deseado, no le traía a él la paz. ¿La traería a los pueblos agitados por nuevas ambiciones? ¿La traería para los

hombres que habían matado? ¿La traería para los que ahora se negaban a trabajar? ¿Podría traerla para las naciones resumen de todas las ambiciones y todos los odios? ¿No quedaba herida la noble Italia en su legítima aspiración del Fiume? ¿No quedarían entre los vencedores secretas envidias y rivalidades? La turbación de su espíritu respondía de un modo pesimista a estas preguntas. La victoria de unos pueblos sobre otros no traía la paz. Entonces recordó, con su corazón angustiado, el verdadero valor de aquel saludo cambiado la noche antes entre *Sonnia* y el viejo judío, saludo al que no dió importancia, saludo bíblico lleno de sabiduría.

—La paz sea con vosotros.

—Y con tu espíritu.

Carmen de Burgos «Colombine»

En el próximo número se publicará la comedia en tres actos original de

DARÍO NICCODEMI

LA MAESTRILLA

VERSIÓN CASTELLANA DE

ANTONIO FERNÁNDEZ LEPINA

Y ENRIQUE TEDESCHI

Aceites y grasas

-.- lubricantes -.-

**Insuperable
para
el engrase
de
los autos**

SUCESORES DE

E. Steinfeldt



OLEO-MOTOR

**Correas
de
transmisión
y algodones
para
máquinas**

Calle del Prado, núm. 15
Teléfono 934
MADRID

**DEBILIDAD, NEURASTENIA
CONSUMCION, CLOROSIS
CONVALENCIA**

ANEMIA
VINO
Y JARABE
de
**Hémoglobine
Deschens**

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de
la Sangre **CURA SIEMPRE**. Es muy superior á la carne
cruda, á los ferruginosos, etc. De venta en todas las Farmacias de **PARIS**.

La dirección de este
periódico advierte
a los colaboradores
espontáneos que no
se devuelven los
originales ni se
mantiene corres-
pondencia acerca
de ellos.

Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12, CAPELLANES, 12. Precio fijo

ALREDEDOR DEL MUNDO

tiene un centro establecido en
el «kiosco Colón», Plaza de Ca-
stilla, frente al Paseo de Sa-
gracia.



ALMORRANAS internas ó externas, grietas, etc. etc.
recientes ó crónicas. Absolutamente

segura la curación con = **POMADA ANEMA = SMITH =**

Último adelanto de la ciencia médica // Millares de curaciones //

Basta un solo tubo. No lo dude usted. Cinco Pesetas caja

Pida muestras gratis para convencimiento resultado.

MADRID. Gayoso = BARCELONA. Segalá = ZARAGOZA, Jordán =

VALENCIA. Cuesta = MURCIA. Selquer y principales farmacias.

Remítase mandando cinco Pesetas al Representante **Fouscarrea**

Marques Duera, 84 - Apartado, 481 Barcelona

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

B. Dip. Almería

en pasajes para todos los puertos del

AL-821-BUR-fin



1000822

ANUNCIARÁN CON LA DEBIDA
FUNDIDAD

588